

# El banquete yaqui

Carmen Castillo Rocha

“*Dígame que quiere saber, pero... no le puedo decir muchas cosas,*” fue la primera advertencia de un sacerdote no-yaqui cuando le pedí información sobre las misas que realiza en coordinación con maestros, cantoras y sacristanes yaquis. Tiene casi tres años de residencia en Vicam Estación y de oficiar misas en los ocho pueblos y demás localidades yaquis. Quien lo ha escuchado predicar en distintos escenarios sabe que cuando dice misa en Ciudad Obregón es riguroso; exige disciplina y uniformidad en sus feligreses. Pero cuando las misas son en territorio yaqui, es humilde, paciente, tolerante y dócil.

Mi anónimo informante de corazón joven y mirada inteligente, me contó que los yaquis son seres “históricos” que viven el misterio de su religión de una manera muy especial y por el consiguiente respeto a su religiosidad, había muchas cosas que no podría revelarme. Los califica “históricos” porque tienen siempre muy presente su pasado. Ejemplo de ello es la vigencia del discurso sobre su prolongada lucha por la tierra, tierra que les ha costado la sangre de muchos hermanos, motivo por el cual no tiene precio ni está sujeta a negociación. Por lo tanto, no hay dinero que la compre, ni tratado que se respete si éste implica ceder un derecho de sangre. Eso se ha venido traduciendo en innumerables disputas con colonos y gobierno, tanto estatal como federal.

En su perfecta y lúcida conciencia sobre quiénes han sido y quiénes son (cosa de lo que muchos *yoris* estamos desposeídos, porque somos parias y morimos sin encontrar nuestra raíz) cada vez que se presenta un cambio a ser señalado en el devenir de su tribu, hacen un recuento de su propia historia, para sí y para otros. Luego comentan su presente y le dan un lugar en esa historia.

Así sucedió con mi anónimo informante quien, al ser presentado frente a los gobernadores, escuchó por boca de un traductor, una síntesis de la historia de la tribu que remataba con la ubicación de su presencia en dicha secuencia.

¿Y respecto a la religión? continuamos-  
*Si usted ve la danza del venado que se presenta en los escenarios de Hermosillo o la Ciudad de México, lo que le transmite ese bailarín es arte. Si usted ve al venado en las fiestas de la tribu, lo que le transmite el danzante es misterio: cada movimiento, el lugar a donde voltea la cabeza, la manera en que termina o se persigna, todo tiene un significado, pero... no se lo puedo decir. La religión yaqui está llena de misterio...*

Mi interlocutor me dejó llena de curiosidad. Uno de los significados de “misterio” en la religión cristiana es aquel dogma que es inaccesible a la razón. Un significado común de la misma palabra es “cualquier cosa recóndita e incomprendible”. La negativa del sacerdote, entonces, no sólo era ética sino lógicamente legítima. Los misterios no pueden ser explicados porque no encuentran argumentos en el campo de la razón, sino del espíritu, y el lenguaje formal no es del todo útil para acceder a ellos. No le hablan a la entelequia, luego, no



Semana Santa Yaqui Foto: Archivo Centro INAH Sonora

pueden convertirse en bienes científicos sino en dominios personales. No obstante, para acceder a ellos se necesitan pistas, o digamos pequeñas traducciones.

Recurriendo a la metáfora como ese puente que conecta lo que se dice con lo que no se puede decir y desde mi perspectiva occidental, imaginé las festividades yaquis como un banquete: *el gran banquete de la vida* del cual fui convida da. Estos

“banquetes” se “sirven” cada vez que los yaquis representan un ritual: en las fiestas patronales, en semana santa, en las transiciones importantes de la vida. Se componen de platillos tales como matachines, pascolas, cantoras, maestros, venado, músicos, fiesteros y demás participantes, y cada uno tiene el gusto diferente que le dan sus ingredientes (cruces, sones, movimientos, flores, palabras, tambores...) Pero son platillos exóticos que los forasteros no podemos apreciar sin ayuda.

“¿Qué significa? ¿Por qué lo hacen?” Son preguntas que quizá los yaquis están cansados de escuchar, a lo que responden con su silencio, con una respuesta errada, o algo que es verdadero y falso en diferentes sentidos. “*Créenos la mitad*” le decía una vez un yaqui a mi amiga más querida. “*No se lo puedo decir*” prefirió contestarme el sacerdote, pero añadió: “*un yaquí vive su religión como un misterio: sabe que Cristo está presente en la misa, pero no sabe dónde, ni de qué manera.*”

Cuando la cantora dice que de todas las vírgenes dispuestas en el altar no sabe cuál es la Virgen del Camino, pero sí sabe que está ahí, está viviendo la mística de lo yaqui y está diciendo algo más que la verdad. Nos está hablando de una experiencia que va más allá de lo que puede conocer por los ojos y explicar por su razón.

Cuando un participante del rito dice que las cantoras están cantando en yaqui y que, también, están cantando en latín, y se enfada si se le cuestiona sobre esa posibilidad lógica, quizá es porque está haciendo alusión a otro nivel de realidad. Quizá, en ese contexto, lo latín es lo yaqui, pues no así canta ningún otro pueblo.

Cuando Felipe Molina la preguntaba a Miki Maaso sobre la sabiduría antigua de su pueblo y éste le respondía que los antiguos *yoemes* no le habían enseñado, pero que él lo había recibido, habla de una manera diferente de conocer.

En esta lógica, y con las pistas que me dieron Otilia, Silverio, Ricardo, Gabriel y Rubén (en su palabra), Edward y Eugenia (en sus letras), pude degustar una pequeña parte del mundo misterioso. Probé de ese “banquete de la vida” que se representa en sus ritos, de tal manera, que mi corazón se llenó de conformidad cuando entendí con la presencia de matachines, pascolas y venado algo de las cosas que “así son” y no pueden ser cambiadas, porque forman parte del orden del universo, cosas que no sólo estaban hablando del mundo yaquí, sino de mi propia vida y que en la lógica yaqui a nadie le he de contar pues deben ser descubiertas por el ser de cada quien, en el propio corazón.